

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

CUATROCIENTOS AÑOS POR MARES NUNCA ANTES NAVEGADOS

AHORA mismo, hace cuatrocientos años, en la Imprenta de Antonio González, en Lisboa, se estaba componiendo un libro, un gran poema heroico, en el que un pobre fidalgo, soldado de fortuna de las Indias Orientales, cantaba las proezas de los inclitos varones que, desde la occidental playa lusitana, por mares nunca antes navegados, llegaron más allá de Tapobrana. A primeros de marzo, el libro estará a la venta: «Os Lusíadas», de Luis de Camões. Don Vasco de Gama va por el mar en lentas naves, y los reinos extraños aparecen al amanecer, despojándose de su velo de bruma: Sofala, Quiloa, Mombasa, Melinde...

El poeta nos va diciendo de donde viene y quien es aquella gente fortísima, descendiente de Luso, hijo de Baco, cuyas naves partieron del puerto de una ciudad fundada por Ulises. Al rey de Melinde, Vasco de Gama le dará una lección de geografía de Europa, desde el Don y los escitas, la Laponia, y los godos, hasta los montes donde halló su sepultura la ninfa Pirene, y desde los cuales se descubre la noble España, colocada en aquel punto como cabeza de toda la Europa... La engrandecen diferentes naciones rodeadas por las ondas del océano, todas ellas de tal valor y nobleza, que cada una de por sí se considera superior a las otras. Tiene al tarraconense, que se hizo célebre sujetando a la antigua Parténope (catalanoaragoneses en Nápoles), al navarro, al astur, que opusieron inexpugnable valla a la gente mahometana; tiene el cauto gallego, y al altivo castellano, a quien hizo su estrella restaurador de España y señor de ella, de la Bética, León, Granada y Castilla... (Camões tenía abuelos gallegos, y sabría lo que quería decir con lo de cauto. Otra vez nos aprieta cuando dice: «A vosoutros também não tolhe o medo, oh sordidos gallegos, duro bando.» Hay a quien no le gustan estos dos versos, pero a mí sí, que nos veo humildes y fieles, pobres pero tercos. Es como si a los catalanes les molestase, en el Dante,

lo de «l'avara povertá del catalani». Allí el maledetto toscano con su juicio final, que ahí está Cataluña con sus siglos.) Don Vasco, cuando habla con el rey de Melinde, después de la lección de geografía, le narra las historias portuguesas; las guerras con Castilla y con los moros. Parece que no haya ido el almirante hasta allá sino para decirles, y que contaba más el laude lusitano que la ambición de la pimienta y el perfumar las papas de trigo beirense con canela.

Y como no hay crónica de Portugal sin una historia de amor, don Vasco le cuenta al soldán de Melinde, la desgracia de doña Inés de Castro, Quello de Garza, que reinó después de morir. Se detuvieron en Melinde los vientos y las estrellas para escucharla. «Estabas, linda Inés... en los risueños campos de Mondego, enseñando a los montes y a los prados el nombre que llevabas impreso en tu corazón.» En el aire se dibujaba, con el humo de la hoguera, la forma misma de la temenña sonrisa, y el rey de Melinde comprendía qué es morir de amor, y se le abrían los ojos, asombrados.

La gente lusitana llegó a Calicut, la mayor ciudad de Malabar. Ya están los portugueses en las Indias, ya están con el clavo y la pimienta, con el comino y la canela, ya están con los rubies y los puros diamantes. Y siguen contando a quien quiera oírlo, la historia de tan poderoso reino, las portuguesas fazañas, y hacen tal obra cristiana, militar y náutica, que en el canto IX, entusiasmado —esta es la palabra—, afirma que en comparación con los valerosos portugueses de aquellas «descobertas», los dioses de los griegos, desde Júpiter a Diana, pasando por los dos tebanos, Hércules y Baco, «sólo fueron frágiles mortales» que descollaron entre los de su tiempo. Y el pobre fidalgo, funcionario entrapado y perseguido, pobre y enfermo, la vista de un ojo perdida, que estuvo allá, y vio las nuevas tierras, y conoció los naufragios y las flechas que salen silbando de entre los bosquecillos de

bambúes como aves, se levanta, abandonando la corrección de pliegos, y se encamina desde la imprenta de Antonio González al mar, a la torre de Belem, a donde amarran las armadas de su sueño.

Siglos más tarde, otro poeta lo dirá en un verso, llenando de melancolía la ribera y el océano: «Oh, mi país de las naves y las flotas!» Ya no había naves, y no acababa de llegar el perdido en Alcazarquivir, don Sebastián. Pero Luis de Camões le había dado a su pueblo un canto. Croce dijo, resumiendo juicios, del poema, que «como fuerza de poesía, en verdad no vale mucho, pero es el mayor poema heroico moderno». Pero eso es crítica literaria, y a «Os Lusíadas», que ahora cumple cuatrocientos años, hay que verlo como una espléndida declaración de amor a la aventura. Allí aquellos que tienen la patria dominada «por el vicio infame de la codicia, y sumida en un abatimiento tenaz, indiferente y abyecto». A los soldados y a los poetas no los cansaron las Indias, don Sebastián: si haces que «el Atlas tema vuestra vista más que la de la Medusa», con vos iremos. Esto lo dice el viejo poeta a las gaviotas, donde el agua del Tajo se sala. Un poeta que sabe que cada nave fue a la vez una victoria y un naufragio, pero que en el último canto de «Os Lusíadas» supo decir a los portugueses que andaban por mares nunca antes navegados: «Ahora podéis embarcaros hacia la patria amada, que el viento es favorable y está sereno el mar» Luis de Camões le dijo a la nación portuguesa, de una vez para siempre, su condición heroica. Cuando terminaba el invierno crudo y asomaba dulce, la primavera de 1572. Dulce como el palito de canela que chupa que chupa, bajo velos de seda, el zamoré de Calicut, somnoliento.

Alvaro CUNQUEIRO

MODOS DE DECIR

LA ESCALADA DEL EUFEMISMO

YA nos fue recomendado, hace muchos siglos, desde el Libro Sagrado: «Sean tus palabras «Sí, sí», «No, no». Y la tradición popular remacha el clavo a su modo: «Al pan, pan, y al vino, vino». Ocurrió, sin embargo, que, en el ir y venir de la vida diaria, todos procuramos eludir el consejo. Hablar claro es muy incómodo, y las formas más selectas de «relación» social descansan, precisamente, sobre el principio de postergar el vocabulario directo e inapelable. Si usted se echa a la calle, visita a sus parientes, acude a las oficinas públicas, canta una canción, escribe un libro, discute de política, y tiene la veleidad de manifestarse en términos rotundos —«sí», «no», «pan», «vino»—, lo probable es que su jornada acabe con un saldo catastrófico. De entrada, le considerarán un «mal educado». Y recuérdese que los modelos profesionales de la «buena educación» son los diplomáticos: gente que se ha especializado en un lenguaje cuyo soporte y cuya justificación es la propia sutileza. Y no digo que nadie se proponga practicar la «mentira». La alternativa no es el embuste. Mentimos tanto como hace falta, y a veces más, y abundan los mentirosos hábiles, para el negocio, para los discursos, para el amor, para la noticia. Pero todos prefieren la «ambigüedad»...

Y ni siquiera sé si llamarlo «ambigüedad» es lo justo. ¿Disimulo, por ejemplo?... Un aspecto concreto llama la atención, en nuestros usos recientes: la escalada del eufemismo. Me temo que uno de los casos que se presentan con mayor énfasis verbal sea el de los facultativos encargados de cuidar nuestras dentaduras. El léxico ancestral empezó por dárles un nombre eminentemente descriptivo: «sacamuélas». En definitiva, su operación básica era esa: extraer de las mandíbulas del venciario un colmillo, un diente, una muela. Se ocupaban de hacerlo los barberos, si no estoy mal informado. Con el tiempo, el «sacamuélas» se convirtió en «dentista», y luego, el «dentista» en «odontólogo», y ahora, el «odontólogo» en «estomatólogo». La entidad semántica de cada designación responde, sin duda, a un estado diferente de títulos académicos y, en consecuen-

cia, de «savoir faire» científico. No «es» lo mismo un «sacamuélas» que un «dentista», ni un «dentista» que un «odontólogo», ni un «odontólogo» que un «estomatólogo». Las dotas etimológicas grecolatinas sirven para matizar los progresos técnicos, siempre benéficos y dignos de gratitud. Pero, en el fondo, hay algo más. Y es: que ciertas «palabras», a partir de un momento determinado, molestan. «Sacamuélas» no es un vocablo más siniestro que «notario» o «registrador de la propiedad»: simplemente, da grima...

Podríamos ampliar las referencias hasta el infinito. El «callista» pasó a «pedicuro», y después, a «podólogo». Otro tanto acontece con los «objetos»: con algunos, al menos. Los lugares que se aplican a celar las aguas mayores y menores de la ciudadanía, inicialmente, en buen romance, eran el «común». «Excusado» fue ya un circunloquio curioso, como «retrete». Aparecieron novedades higiénicas, y con ellas se introdujo el anglicismo «water». Como no podía ser menos, a la larga, «water» se resintió de malsonancia, porque, a pesar de todo, continuaba arrastrando menciones implícitas a una fisiología abrupta. «Lavabos», «servicios», fueron sucedáneos que todavía, más o menos, rigen en los establecimientos públicos. El «inodoro» parece una variante de la jerga cosmopolita... Desde luego, los cambios de nomenclatura han ido ligados a cambios de loza, cafeterías, diseños, desguaces, grifos, cloacas. Pero el sitio y su función es el mismo: no hay que darle vueltas. Como es la misma la muela cariada, o el callo o el juanete. El «barbero» ascendió a «peluquero», y no tardará en difundirse —si la pedantería no se refrena— lo de «capillicultor», o cualquier otra filigrana semejante. Entre el arcaico «bodegón» y el «snack-bar» hay enormes diferencias de condumio y de decoración, y, en última instancia, se trata de un negocio igual, de una igual expendidería de comidas para clientes subalternos...

Los datos se acumulan. El «ciego» es «invidente», y el «baldado», «minusválido» o algo así. Aquí, el eufemismo se impone sin ambages. «Ciego», palabra milenaria, de confección espontánea, canto rodado del latín, se ve su-

plantada por el «invidente» aséptico y frío. No está mal el truco, si lo que se desea es quitar emotividad a la situación, y hacer que el hombre sin vista deje de ser materia compasiva y limosnera. Pero hay que dudarlo. Llamar «invidente» al «ciego» es dorar la píldora. Como llamar «empleada del hogar» —o cosa aproximada— a la «criada», a la «sirvienta» o «productor» al «obrero». ¿Y qué decir de esa inocente trampa de las sacristías posconcienciarmente perplejas, que intentan sustituir la «caridad» por la «comunicación cristiana de bienes»? La «Caridad» no arreglaba el mundo, pero, por lo menos, podía ser una «virtud»; la «comunicación cristiana de bienes» no es nada, ni a escala «sobrenatural» ni a la otra. En el polo opuesto, los «cambios de estructura» serían la vaselina de la «revolución». Hay individuos —la Viña del Señor es tremendamente variada— que piensan hacer la «revolución» diciendo que «cambian o reforman las estructuras». El eufemismo se nos mete en terrenos hasta hoy ajenos a su jurisdicción. El eufemismo prospera al socaire de la «buena educación»: de la superstición de las palabras y de los gestos. Somos grotescamente «bien educados», por lo que se ve...

Consulto el Casares, y copio su texto: «Eufemismo. m. Ret. Modo de decir o sugerir con disimulo o decoro ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante.» «Disimulo»: ya lo apunté. «Decoro»: otro factor a tener en cuenta. Básicamente, el «eufemismo» se relaciona con las amenazas judiciales o de censura; con la Inquisición, por decirlo así. Acabo de leer un libro de don Guillem Morey Mora, que se propone demostrar la tesis de que el «Quijote», en su núcleo central, fue escrito por el Greco y no por Cervantes. El señor Morey no se sale con la suya, pero levanta la liebre de muchos problemas cervantinos, todos ellos —bien mirado— reducidos a la dramática necesidad de Cervantes, y digo dramática, de valerse del eufemismo para expresarse de alguna manera. Nuestros eufemismos son más simples. Y diferentes. Camilo José Cela está publicando un «Diccionario Secreto» que viene a ser el proceso del eufemismo: en sus ramas

eróticas y coprológicas. Cela colecciona el «pan, pan» y el «vino, vino», y además, el sesgo permanente para evitar el «pan» y el «vino». Al eufemismo cervantino, por miedo al Santo Oficio, se sumó luego el eufemismo vinculado al epigastro y al perineo, que los teólogos de la Suprema no perseguían. Don Marcelino Menéndez y Pelayo pudo defender la Inquisición alegando textos claros: textos llenos de «palabrotas» y de episodios obscenos, que los censores de los Felipes y los Carlos toleraban. Lo de estos días es bastante peor: «ciego», «jorobado», «cojo», son palabras feas. Y «callista». Y «caridad», y «revolución».

Y no se a dónde vamos a parar. En la lengua escrita, cuando menos. En la coloquial, cada cual se apaña como puede. Yo, sin ir más lejos, soy muy mal hablado: no fui nunca a un colegio de pago, y apenas he salido de mi ambiente rural. Mis rutinas son casis aristofanescas. Cuando, de tarde en tarde, aterrizo en conversaciones finas, mi voz suele desencadenar consternaciones divertidas. Pero esto también se está corrigiendo. He podido observar que las personas «bien educadas» empiezan a ser «mal habladas»: por esnobismo o por lo que sea. Muchas, innumerables señoritas elegantes reniegan como un carretero. Ya no existen «carreteros», pero se me entiende, supongo. De todas maneras, también la literatura se ha hecho porosa al «pan» y al «vino». Cuando las condescendencias oficiales son amplias, los escritores se lanzan. Los «infiernos» de las Bibliotecas menos cautelosas quedan pálidos ante los alegres derroches de los literatos: Aretino y Bernat i Baldiri han dejado de ser «obsenos»... Lo que choca es el escrúpulo, el miedo, la precaución frente a palabras como «ciego», «callista», «caridad», «revolución». La retórica genito-urinaría carece de frenos —pongo aquí «retórica», y la apariencia sigue siendo el «léxico», y nos espantamos de decir «ciego», «callista», «caridad», «revolución». Nuestra hipocresía es distinta. Tal vez sea eso...

Joan FUSTER

ESCUELA SUPERIOR DE INFORMATICA

LE OFRECEREMOS LA EXPERIENCIA Y SERIEDAD DEL GRUPO SERESCO

Sólo el grupo SERESCO con el mayor ordenador instalado en Cataluña, un IBM 370/145, puede ofrecerle las PRACTICAS EN ORDENADOR, reales y sin limitaciones con las que adquirirá una EXPERIENCIA que le permitirá trabajar de inmediato como programador.

PROXIMOS COMIENZOS

bit

C/ MANILA, 49 int. - TEL. 203 68 50*
[ESQ. CAPITAN ARENAS] AUTOBUSES: 4, 7, 16, 66, 207

A TALLERES TROQUELADO

Y PEGADO AUTOMATICO CAJAS PLEGABLES

Interesa relacionarnos con ellos. Somos importante litografía. Escribir al n.º 850 del Apartado 682 de Barcelona.

AUTOCARES A
PARIS
Vergara, 2
IBERBUS • Tel. 2310889

¡QUE VENGA EL FONTANERO!

Este es el grito angustiado de miles de casas de casa que diariamente se encuentran con grifos que no cierran, cisternas rotas o embozadas, cisternas que se salen, pequeñas inundaciones que no pueden arreglar porque el fontanero no viene.

¿Qué pasa con los fontaneros?

Senillamente: que el creciente desarrollo industrial de nuestro país y la fiebre de construcción de viviendas acaparan a todos los profesionales.

Hágase fontanero o, mejor aún, diplómese como instalador-montador sanitario. Tendrá más trabajo del que pueda desear. Si desea recibir información detallada, gratis y sin compromiso, escriba al Instituto Americano, Mendivil, 6, Departamento Fontanería, 30-68 Edificio Americano, MADRID (18)

TEL. 231 00 31
242 34 04
241 64 24

E. R. SENTIS 1.ª ORGANIZACION ESPECIALIZADA EN CAMBIOS

GRAN VARIEDAD EN LAVADORAS AUTOMATICAS Y TV.

ABONAREMOS A CAMBIO

Por su TELEVISOR hasta 8.500 ptas.

Por su LAVADORA hasta 4.000 ptas.

Por su FRIGORIFICO hasta 2.500 ptas.

Tallers, n.º 67

Jaime Fabra, 9 bis, Junto cine América
Galerías Universidad. Tdas. n.º 5 y 26 Plaza Universidad
Ingeniero Moncunill, n.º 67 (La Florida) (Hospital)

FACILIDADES DE PAGO

TODO PARA LA MUJER

LIQUIDACION DE MODELOS

LUNES, DIA 7

Rambla de Cataluña, 56